

NUEVA • CRÓNICA

—Y • BUEN • GOBIERNO—

SEPARATA TIPNIS / Publicación del Instituto PRISMA y PLURAL editores / N° 93 / 1era. quincena de octubre 2011

Una historia de marchas y esperanza

Jorge Cortés Rodríguez*

Para Jorge, Sergio y Alejandra

Más allá de la carretera y de sus impactos ambientales y políticos, hoy como antaño, una parte del país se niega a entender la historia, los derechos y las alternativas del pueblo mojeño.

Para los trinitarios, la Loma Santa es una especie de paraíso transitorio, una suerte de puente entre un universo que termina y otro que comienza. Un sitio remoto, escondido en medio de la espesura de la selva, en los confines de la cordillera andina subiendo desde el llano. No es una más de las muchas que existen en la llanura beniana: esta es una loma sagrada. Está hecha personalmente por Dios, sólo para ellos. Por eso es, también, una loma secreta.

Está cargada de mitos y sincretismos, reflejo de una historia forjada en diversas experiencias. Está custodiada por San Miguel Arcángel. En ella viven todos los animales y plantas del bosque y la llanura: la naturaleza entera está representada allí. Pero además, San Miguel Arcángel tiene también un muy bien surtido “almacén” con todos los elementos “modernos” necesarios para la vida: anzuelos de metal, pilas para radio, balas para los rifles de salón, “fútrica” para encender el tabaco y toda clase de alimentos. Todo a disposición del pueblo trinitario.

Por esta razón, en la Loma Santa no tendrán necesidad de trabajar y podrán dedicarse a lo único que importará: la oración. El canto, la liturgia, la palabra, el rezo serán sus principales actividades, junto al ayuno y la abstinencia sexual en los momentos rituales. Las mismas actividades cotidianas de la caza, pesca y recolección tendrán también este carácter.

Rezar para estar puros, preparados en cuerpo y alma para cuando llegue el gran evento. Porque en un determinado momento, desde allí serán testigos del fin del mundo. El universo entero, todo un ciclo cósmico, serán destruidos para siempre con la sola excepción de su lugar sagrado. Entonces, los trinitarios esperarán todavía otro momento: desde su Loma Santa, cual inmensa Arca de Noé suspendida en la nada, verán también el nacimiento de un nuevo universo donde ellos, y sólo ellos, serán el germen de una nueva humanidad. La búsqueda de la Loma Santa no es el fin, es el medio para lograr una nueva vida, sin maldad.

Sus viejos “Tiaraiquis”, sus chamanes de “la vista clara”, ya saben de estos eventos aun antes de llegar a la Loma Santa. Hace muchos años que reciben señales que los anuncian. En trances de éxtasis ritual reciben mensajes “azules” que anuncian grandes inundaciones, “rojos” que predicen incendios cada vez más voraces y frecuentes, “negros” que auguran la muerte y otros anuncios de colores y destinos innumbrables.



Por esta razón, deben apresurarse en su búsqueda. Abandonar sus pueblos para retornar al lugar en el que sus dioses arcanos, tornados en el dios católico reduccional y su corte celestial, esperan por ellos. Deben ponerse en camino en silencio y en secreto.

Deben marchar. Posiblemente marchan desde que comenzaron las misiones en el siglo XVII, sino antes. Los jesuitas y los que les sucedieron en tiempos coloniales, siempre temieron la fuga de los indígenas hacia “sus amados montes” (Eder, 1985). Hasta donde sabemos de manera documentada, el proceso actual de búsqueda de la Loma Santa se remonta a 1887. Por entonces se iniciaba en la Amazonía boliviana el auge gomero. Cuando éste apenas comenzaba, aun en sus prolegómenos, el “enganche” o reclutamiento de peones indígenas de las poblaciones de Mojos para los trabajos en los gomales, había mermado su población de poco más de 40.000 habitantes unos años antes, a menos de 8.000 en 1870. (Keller, 1875; Moreno, 1974; Roca, 2001).

Se llevaron a casi todos los varones y en las aldeas quedaron prácticamente mujeres, niños y ancianos. Poco después, las mujeres comenzaron a ser reclutadas. Fue en este trance que rayaba en catástrofe que fueron convocados a marchar por Andrés Guayocho. Él no era un trinitario sino un chamán, o *choquigua*, del pueblo Itonama. Guayocho les dijo que el Espíritu Santo se había comunicado con él. Le dijo que debían dejar sus pueblos a los blancos *carayanas*¹. Que debían

ponerse en camino hacia de la Loma Santa (Riester, 1976; Lehm, 1991).

El pueblo mojeño, es eminentemente religioso y también pacífico. Por ello mismo, de hábiles políticos. Ante la adversidad, allí donde puedan encontrar un acuerdo que garantice una base de respeto a su comunidad y derechos, por estrecha y limitada que fuese, lo buscarán y negociarán. Es su historia a lo largo del período reduccional. Pero cuando la adversidad y el infortunio se ensañan con él, cuando la fuerza es el único argumento para doblegarlos, emergen, desde lo más oculto de su cultura, sus líderes religiosos para mostrar otros caminos. El auge de la goma establecía una crisis insuperable para sus líderes políticos, marginados como estaban por el nuevo Estado Republicano. (Lehm, 1991; Cortés, 2005)

Por eso partieron convocados por Guayocho. Poco a poco, en silencio, guardando su secreto a los nuevos habitantes bolivianos de Trinidad. Marcharon lentamente, en pequeños grupos que luego se reagrupaban en poblaciones provisionales donde permanecían por semanas o meses, esperando nuevos grupos que se les unían, para marchar otra vez. Caminaban cantando y rezando, vestidos de blanco, llevando en andas las imágenes de la virgen y de sus santos patronos.

Pese a su sigilo fueron descubiertos. Los nuevos habitantes de Trinidad echaron en falta a los ya escasos peones de sus estancias ganaderas. No podían quedarse sin este elemento imprescindible para el progreso de la región y del país y, naturalmente, el suyo propio. De inmediato enviaron a una pequeña partida de gente

* Historiador.

¹ Carayana: nombre dado por los antiguos mojeños a los cruces y uero a los blancos en general.

armada para darles alcance y traerlos de regreso. Los alcanzaron en las inmediaciones del pueblo de San Lorenzo. Los trinitarios se defendieron. Se produjo una refriega y la partida fue puesta en fuga. Ésta, a su regreso a Trinidad dio una noticia sorprendente: no era una simple marcha de indios, sino una sublevación violenta, preparada con premeditación y alevosía para acabar con los blancos. Era el año 1887.

En Trinidad cundió el temor. El prefecto del Departamento, Daniel Suárez, y los hombres notables decidieron tomar acciones inmediatas. Rómulo Suárez, hermano del famoso Nicolás, cabeza de la futura Casa Suárez Hnos. y otros empresarios, aportaron recursos económicos y armas para una nueva y más numerosa partida de civiles armados, esta vez secundada por un contingente de flecheros indígenas canichanas.

Mientras este grupo partía en pos de los sublevados, los pocos indígenas que aún quedaban en Trinidad asistieron —era Domingo de Resurrección— a la misa en la catedral. En medio de ella fueron asaltados por la milicia del Prefecto. Algunos fueron muertos allí mismo. Los más, presos y torturados para que confiesen los móviles y circunstancias de su supuesta sublevación. Entre los detenidos estaba Nicolasa Nosa de Cuvene, esposa de un cacique trinitario que ya había partido hacia San Lorenzo. La flagelaron para que delate dónde estaba su marido. Ella dijo que nunca lo diría y así lo hizo. Murió pocos días después como consecuencia de los azotes recibidos.

El grupo armado dio con los marchistas en San Lorenzo. Esta vez no se trató de una refriega, sino de una masacre con saldo de numerosos muertos y heridos de parte de los indígenas. Los niños y mujeres fueron secuestrados y llevados a estancias particulares. Guayocho fue capturado, torturado y cruelmente asesinado en el camino de regreso, antes de llegar a Trinidad. Pero algunas familias lograron huir hacia los montes.

No se ha escrito todavía una historia detallada de este poco estudiado episodio de la historia boliviana, conocido como “la Guayochoería”, pese a que existen las fuentes documentales para hacerlo. Las noticias de estos sucesos llegaron a la prensa de Santa Cruz, Sucre, La Paz y Cochabamba. Fueron debatidos en el Congreso Nacional. El presidente de la República, Gregorio Pacheco, tomó cartas en el asunto. Por gestiones de su ministro Mariano Baptista logró que partiera hacia el Beni un grupo de tres sacerdotes jesuitas recién llegados del Perú, para aportar en la “pacificación” de aquella región (Cortés, 1999). Ellos dejaron un testimonio desgarrador de los padecimientos de los indígenas durante la contienda y los días posteriores. El presidente Pacheco destituyó al prefecto Suárez y nombró a otro, que llegó a Trinidad al mando de una pequeña tropa regular del ejército para detener la violencia de los hacendados sobre los indígenas.

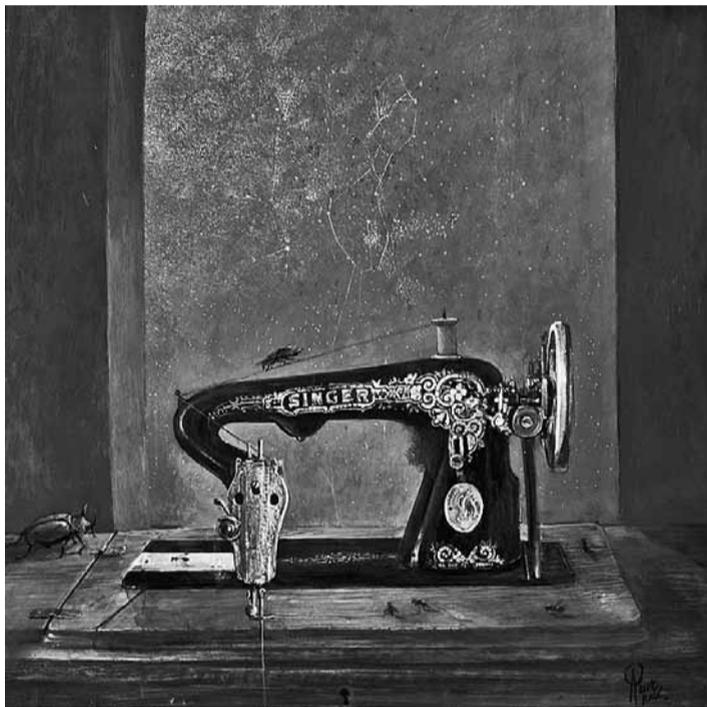
“Los pretorianos del Alto Perú en Mojos”, se quejaría después el insigne Gabriel René-Moreno. Pese a haber dejado un legado historiográfico indispensable para entender estos y otros sucesos de Mojos. Pese incluso a su indudable afecto por los mojeños, René-Moreno expresa el sentir de la sociedad boliviana de entonces, que nunca alcanzó a comprender las causas profundas y las alternativas distintas que entonces tomó este pueblo. No sin congoja, emplazó a los bolivianos a “...ponerse de pie para despedir al último mojeño ... que parte hacia la nada”. (Moreno, 1974).

La búsqueda de la Loma Santa siguió su historia secreta. Los jesuitas enviados por el Presidente lograron alcanzar a los pocos indígenas fugitivos en las cercanías del río Sécore. Conversaron con ellos. Nunca quisieron regresar a Trinidad. Les contaron a los padres sus penas y padecimientos y les anunciaron que seguirían la marcha hasta llegar al lugar “que Dios les diera

a entender”. (Cortés, 1999). Marcharon así por décadas, en oleadas sucesivas que partieron desde Trinidad, San Lorenzo y San Ignacio de Mojos, siempre convocados por sus chamanes.

A Trinidad regresaron la calma y el olvido. Posiblemente, la loma que buscan los trinitarios es también una alusión a su antiguo pasado de constructores de promontorios, lagunas y canales artificiales para aprovechar el limo nutritivo que baja de los Andes durante las inundaciones estacionales. Posiblemente, esté en el actual TIPNIS, en alguna de las riveras de los ríos que habitaron hace siglos, antes de que los jesuitas los sacaran de allí para formar las misiones de Mojos. El hecho es que desde entonces habitan nuevamente ese territorio.

Entre 1887 y 1987 el territorio entre los ríos Isiboro y Sécore fue el escenario de una nueva reconstrucción del pueblo mojeño trinitario. Con sus marchas, persecuciones y peligros, con el levantar de aldeas y casas y



volverlas a dejar una y otra vez, con todas las contingencias de la vida cotidiana, es el lugar donde viven como quieren. Construyendo y reconstruyendo su cultura e identidad con girones de historia. Cantando en latín y en mojeño. Guardando y copiando sus viejas partituras de música sacra. Practicando sus ritos y ceremonias. Conviviendo con los yuracarés y los tsimanes. Compartiendo con los extraños y hasta, recientemente, “acullicando” con los colonizadores andinos. Escuchando a sus dioses por la voz de sus chamanes y enterándose por la radio de las noticias del país y del mundo.

Entre la esperanza mesiánica y los desafíos del presente fue haciéndose de nuevo la esperanza del pueblo mojeño. Por un siglo pasaron de ser prófugos a ser un pueblo construyendo su futuro. Y hasta soñaron con una vida digna en común con los otros bolivianos, sus hermanos.

En 1986 un joven mojeño escuchaba por enésima vez los relatos de la Loma Santa de boca de los viejos taitas, junto al fuego de las tibias noches de la comunidad de Puerto San Lorenzo, a orillas del Sécore. Era Marcial Fabricano. He mencionado la vertiente política en la historia de los mojeños. Cabe poner a Fabricano en ella. Por entonces el Parque Nacional Isiboro Sécore ya no era el sitio remoto donde parecía que podría alcanzarse la tierra prometida. Por el contrario, ubicado en el centro del país, era acosado por colonizadores andinos desde el sur, por hacendados ganaderos desde el norte, por empresarios madereros, petroleros, mineros y hasta por bandas de narcotraficantes por todas partes. Era ya el lugar controvertido y codiciado que hoy conocemos.

Fabricano reflexionó con los taitas. Él había vivido fuera de sus comunidades por un tiempo. Había conocido la vida en otras regiones del país. Sabía de las

luchas y esfuerzos de los otros pueblos indígenas. Expresaba además la impaciencia de los jóvenes mojeños ante la amenaza sobre sus territorios y la tardanza en la oferta de la tierra prometida. “Este Parque Nacional es el lugar donde nuestro pueblo ha vivido ancestralmente”, dijo. “Este es nuestro lugar; nuestra Loma Santa. Ya no debemos buscarla. Debemos conquistarla. Este es nuestro territorio”. (Entrevista a Fabricano, 2007)

La historia de la Marcha por la Dignidad y el Territorio de 1990 está todavía fresca. Quizá Fabricano no convenció del todo a los viejos chamanes, que no estaban seguros de las ventajas de negociar el reconocimiento de su territorio con un gobierno terrenal, si ellos podían comunicarse directamente con los dioses. Pero desde 1987 en adelante el pueblo trinitario, y con ellos los otros pueblos del parque y de las tierras bajas se organizaron, crearon nuevas organizaciones, se trazaron planes y objetivos, lograron alianzas y finalmente marcharon. Fabricano, como representante de las comunidades del Isiboro - Sécore, fue reconocido por todos ellos como el líder de la marcha.

Llegaron a La Paz recogiendo la simpatía de los más diversos sectores de la sociedad boliviana. Los pueblos de las tierras bajas, que la Ley de Reforma Agraria de 1953 consideraba que vivían “en estado salvaje”², tomaban ciudadanía política y eran protagonistas de primer plano en la vida pública nacional. Palabras como territorio, ecosistemas, diversidad biológica, bosques susceptibles de manejo y aprovechamiento sostenible dejaron la estrecha academia y llegaron a las calles. Fue como si trajeran una nueva atmósfera, que alegró a un país que anhelaba encontrarse y reconocerse a sí mismo en su diversidad.

En la perspectiva de una oportunidad política, el gobierno del presidente Jaime Paz Zamora negoció y concedió los territorios demandados. Desde entonces el viejo Parque Nacional fue el Territorio Indígena Parque Nacional Isiboro Sécore, el TIPNIS con mayúsculas, el primer y más grande territorio indígena en Bolivia. Más aún, el emblema por excelencia de sus luchas y logros. Su patria conquistada.

Pero la historia no se detiene. Hace un mes que una nueva marcha indígena mojeña ha partido hacia La Paz desde Trinidad para defenderlo nuevamente. Esta vez, de la amenaza de construir una carretera que atravesaría diametralmente ese territorio en contra de la voluntad de sus propietarios. Una carretera que para ellos es sinónimo de invasión. Nuevos actores, aunque viejos intereses, se ensañan otra vez contra el territorio mojeño. A la fecha [23 de septiembre] la marcha está detenida cerca de Yucumo. Un contingente de la Policía y grupos de colonizadores andinos amenazan con detenerla. Los resultados del diálogo iniciado con el gobierno son inciertos. Se temen acciones de violencia.

No es este el lugar para un análisis de este último conflicto. Sólo agregaré que más allá de la carretera y sus impactos ambientales y políticos, hoy como antaño, una parte del país se niega a entender la historia, los derechos y las alternativas del pueblo mojeño. Que sobre todas las cosas, se está dañando a su cultura, lo máspreciado que tiene cada pueblo. Una cultura que es, además, una porción irremplazable de nuestro Estado Plurinacional y de la experiencia humana.

Quizá estos argumentos no sean relevantes para quienes promueven la construcción de la carretera, urgidos como están por las premuras del progreso. El mismo progreso por el que en el pasado se intentó el genocidio de este pueblo.

Pero se equivocará quien nuevamente quiera despedir “al último mojeño”. La marcha más temprano, o quizá más tarde, seguirá su curso. Que no se dude.

2 Ley de Reforma Agraria de 1953. Capítulo II. Art. 129.

Vivir bien... o vivir mejor

Edgar Cadima G.*

Mucha agua ha corrido bajo el puente de la historia en estos seis años de gobierno masista y el “vivir bien” para la población no se asoma por ninguna parte. Al momento, se han realizado seminarios, foros, esfuerzos de conceptualización, se tiene una instancia de coordinación para el vivir bien en el Ministerio de Planificación Estratégica, pero no existen atisbos operativos o de concreción de esa idea.

De acuerdo a lo establecido en el Plan Nacional de Desarrollo (PND) el vivir bien postula una visión cosmo-céntrica que supera los contenidos etnocéntricos, postula que la gente, los bolivianos y bolivianas, vivan en armonía, “en una convivencia comunitaria con interculturalidad, sin asimetrías de poder (no se puede vivir bien si los demás viven mal). Se trata de vivir como parte de la comunidad, con protección de ella, en armonía con la naturaleza, vivir en equilibrio con lo que nos rodea. También significa vivir bien contigo y conmigo que es diferente del vivir occidental, que es individual, separado de los demás e incluso a expensas de los demás y separado de la naturaleza”¹

La concepción del “vivir bien” no deja de ser un chispazo de su autor que suena bonito, es retórico y es como el “comodín” que sirve para acomodar en cualquier discurso una buena intención y quedar bien ante el auditorio.

Así como está planteado², “vivir bien” puede ser entendido como que: así como vivimos en nuestra comunidad, con nuestro chuñito y nuestras ovejitas estamos bien no más, entonces no necesitamos hacer ningún esfuerzo para vivir mejor. Es una concepción desmovilizadora y de resignación para que la gente viva como vive, sin mayores aspiraciones; que por “respeto” a sus usos, costumbres, tradiciones y forma de vida se mantenga “bien” en la situación en que se encuentra y ratifica el graffiti escrito por Mujeres Creando que dice que “lo más triste que tienen los pueblos son sus usos y costumbres”. Es una concepción idílica, de vida armoniosa con la naturaleza y con los otros, que no obliga a mayor esfuerzo por asumirse; como el adolescente que espera tener todo, “bien”, por el ajeno esfuerzo de sus padres y todavía protesta cuando no se le complace. Es una buena intención que considera que esa propuesta es la única y válida que puede dar felicidad a la gente, pero que no tiene parámetros comparativos para vivir de otra manera ya que esa otra manera diferente puede ser la tan denostada manera “occidental” de vivir. Los propugnadores de esta pseudo-filosofía del “vivir bien”, tan reacios a lo que es el pensamiento occidental moderno, seguramente no pueden tomar una aspirina para vivir mejor.

¿Qué significa, realmente, vivir en armonía con la naturaleza? ¿Se puede entender como volver a la vida prehistórica, de recolección de frutos para sobrevivir? ¿de un retorno al “paraíso perdido” de Adán y Eva en el que vivían sin esfuerzo alguno? (pero esa es una mentalidad occidental de la génesis del mundo), entonces ¿Se puede vivir bien sacrificando el TIPNIS, quieran o no quieran? ¿Cómo se puede vivir en armonía, así de manera tan general e idílica?

Si para “vivir bien” no debemos afectar la naturaleza, entonces no se podría desarrollar una agropecuaria extensiva (en ese caso, sigamos con el surcofundio sin posibilidad de ampliar la producción agrícola y agropecuaria y sin carne vacuna suficiente porque la producción de carne del altiplano es insuficiente), no se podría alimentar,

adecuadamente a la población porque, seamos claros, no se podría forzar el ritmo vegetativo de la naturaleza; así como no se podría tener electricidad porque eso significa cambiar cursos de agua y sigamos en las tinieblas, etc.

La concepción del vivir bien, propuesta de forma tan idílica, no puede concretarse porque se la presenta como un “cliché”, sin ninguna relación con un modelo de desarrollo y, paralelamente, el modelo “desarrollista-extractivista” que lleva adelante el gobierno no se condice con resultados concretos en el mejoramiento de las condiciones de vida de la población.

Han pasado seis años de gobierno masista y no hay ningún atisbo de que vivamos bien. La pobreza se mantiene o ha aumentado; los precios de los productos suben, la mendicidad o los niños trabajando laceran el alma; el desempleo aumenta así como el subempleo; según las autoridades vivimos en “bonanza” económica y podemos dar cátedra a los otros países, pero las necesidades de la gente siguen sin ser resueltas adecuadamente, mientras tanto, la demagogia sigue impávida repitiendo, a los cuatro vientos, el “vivir bien”.

Si vivir bien es retornar a nuestro “caldito de hueso”, a criar, cada quien, sus pollos y sus colmenas de abejas –como dijo Evo Morales–, entonces estamos con una visión de retorno a los tiempos de la recolección de los frutos de la naturaleza, porque no se puede imaginar esa posibilidad en los tiempos actuales, de que cada familia tenga su colmena en su departamento (por ejemplo, en el edificio Alameda que se volvería un infierno) y que tenga su criadero de pollos en su baño. Todo ese retroceso dizque, para vivir bien (bien jodidos querrán decir).

La constatación de que el vivir bien no funciona lo señalaba la Sra. Beatriz Ascarrunz, Coordinadora de los parámetros para el “vivir bien”, quien sostiene que “el vivir bien es un paraguas, un objetivo supremo, que no encuentra operabilidad en ninguno de los planes sectoriales. Se dio un divorcio entre la retórica y la práctica... La Constitución ha quedado como un documento que no ha sido trabajado conceptualmente, sólo se lanzaron lineamientos, retóricos y una de esos es la de vivir bien”. A la pregunta sobre los parámetros sobre el vivir bien, la Sra. Ascarrunz responde que “no hay parámetros. El proyecto (financiado por Holanda) se inició el año pasado con una serie de consultorías teórico-conceptuales y estudios etnográficos, pero se quedó a medias...”³

A confesión de parte...

Sin entrar a mayores análisis de esta concepción, que se presume de filosofía, señalemos algunas preguntas que exigen ser aclaradas:

- ¿Vivir bien, en armonía con la naturaleza, nos la proponen quienes se dedican al cultivo extensivo e intensivo de coca, quienes realizan semejantes chequeos con cerca de 5.000 puntos de fuego en el país?
- Quienes proponen vivir bien, en armonía entre los bolivianos y bolivianas ¿son los mismos que proponen el revanchismo social (ahora nos toca), el resentimiento y odio racial contra quienes no son indígenas y/o campesinos, y/o cocaleros?
- ¿Vivir bien en armonía con la naturaleza nos la proponen quienes contaminan los ríos con residuos de minerales (cooperativistas) o los residuos de la producción de cocaína; quienes explotan los recursos naturales y minerales sin estudios de sostenibilidad ni cuidado del medio ambiente?
- Dicen que vivir bien es diferente del vivir occidental (individualista, a expensas de los demás y

separado de la naturaleza) y ¿en qué basan esta afirmación? El problema no es de geografía, es de concepción.

Frente a esta demagogia es necesario fundamentar y fortalecer la concepción del “vivir mejor” que significa *mejorar las condiciones de vida de la población*. Diagnosticar la situación en que viven, implementar medidas y procesos que permitan modificar la situación y establecer parámetros que permitan constatar que la población se encuentra en un nivel de vida de mayor calidad. Si no tienen energía eléctrica..., que la tengan por esfuerzo propio y del Estado; mejorar las condiciones de salud y de educación; brindar servicios de calidad; disminuir los índices de pobreza y empleo, etc.

Vayamos a algo más profundo. Lo que diferencia a los hombres de los animales es el trabajo. Mientras los animales viven en armonía en la naturaleza y la utilizan para satisfacer sus necesidades (pasto para comer o agua del río para beber) sin desarrollar ningún proceso de transformación consciente, o destruyen la naturaleza sin saber lo que hacen, los hombres viven en la naturaleza y la utilizan para sus fines, su relación con ella es consciente y metódica a fin de lograr resultados previstos anticipadamente y, ¿para qué realiza esa acción consciente sobre la naturaleza?... para *mejorar las condiciones de vida, para vivir mejor*. Los seres humanos desarrollan las ciencias para comprender la naturaleza y realizar las transformaciones necesarias para vivir mejor. Ahora bien, es posible que ese manejo de la naturaleza tenga sus efectos negativos, pero también ahí están los seres humanos y la ciencia, para enmendar los errores y afectar lo menos posible a la naturaleza.

Vivir mejor significa *dinamizar las fuerzas imaginativas y operativas, individuales y grupales (sociales)*, que permitan modificar, positivamente, las condiciones de vida de la población. Significa entender la naturaleza, no sólo para el estudio académico o el discurso demagógico, sino como aliada que permita a la población la satisfacción de sus necesidades. Significa respetar la naturaleza, no para contemplarla, sino para transformarla en aquello que es posible (agua en energía eléctrica; materia prima en productos industriales, etc.). Significa desarrollar políticas medioambientales, de previsión y complementarias, para ser aplicadas en todos los ámbitos de la vida económica y social a fin que los impactos y/o consecuencias sean menores.

Vivir mejor significa contar con un modelo de desarrollo diferente, un modelo de desarrollo integral y con justicia social.

Vivir mejor significa tomar conciencia, desde el hogar, que el vivir mejor es individual y colectivo, que la negligencia individual tiene consecuencias colectivas y viceversa. Significa comenzar con las cosas pequeñas como el manejo y reciclaje de la basura en la casa y el barrio; significa poder barrer nuestras veredas; significa votar la basura donde corresponde; significa una explotación racional de nuestros recursos naturales superando o controlando la voracidad maderera, minera o hidrocarbúfera. Significa superar la demagogia y tomar una verdadera conciencia ecológica y medioambiental en todos los órdenes de la vida económica, social y política.

Vivir mejor significa vivir mejor con la naturaleza, vivir mejor entre nosotros mismos con relaciones de respeto de nuestras diferencias y de reciprocidad; en suma, significa mejorar nuestra calidad de vida entre nosotros, con la naturaleza y con nuestras instituciones.

1 Gaceta oficial de Bolivia 2007 – PND, pag 11.

2 25 Postulados para entender el “vivir bien”. La Razón, 8-II-2010

3 Página Siete. Suplemento Ideas, 19-IX-2010

* Educador con maestría en educación y desarrollo

Desnutrición de ideas

Jorge Eduardo Velarde Rosso*

El domingo 25 de septiembre, el periódico *Página Siete* publicaba en su suplemento dominical *Ideas* un artículo del cientista político Diego Ayo titulado *Las izquierdas y el TIPNIS*. Casi podría decirse que el artículo se adelantó a los acontecimientos de la semana, ya que la represión policial a la marcha indígena en defensa del Territorio Indígena Parque Nacional Isiboro Secure TIPNIS, reveló de modo mucho más claro el planteamiento central del artículo. En éste, Ayo plantea diez distintas izquierdas y las describe más o menos detalladamente de manera que el lector pueda hacerse una idea clara. Es interesante que la decima clasificación sea ideal, porque el autor la menciona como la izquierda que debe surgir y promete otro artículo al respecto. Hay pues nueve izquierdas reales que son las reales competidoras por el poder político boliviano.

Justamente el domingo 25 el gobierno boliviano (porque al momento de escribir el artículo no se sabe quién concretamente) ordenó una dura represión contra el campamento de marchistas. Y se empezaron a multiplicar las voces disidentes dentro del llamado *proceso de cambio*.¹ Ante la injustificable represión ejercida contra una marcha pacífica diversos representantes de los nueve subgrupos de izquierda empezaron a invocar con mayor insistencia una reconducción del proceso; haciendo llamados para salvar “este proceso que tanto nos ha costado a los bolivianos” (por citar una frase repetida insistentemente).

Pero en realidad más que reflexionar sobre lo que ahora resulta evidente, la lucha intestina entre izquierdistas de distinta intensidad sobre la mejor ‘conducción del proceso’, me gustaría reflexionar sobre otro dato mencionado por Ayo en su artículo. Tanto al inicio como al final, el autor hace dos breves pero importantes menciones al opuesto político que analiza, es decir hace dos menciones a ‘la derecha’. La última de estas menciones la califica como casi extinta. Pero más interesante es la primera vez que las menciona. Dice Ayo en el tercer párrafo del artículo que: “Si bien la desaparición de una derecha pensante es un asunto clave, no lo es menos la desnutrición intelectual de una izquierda que debería parapetarse frente el Gobierno de modo constructivo y, por ende, programático”.

Una primera idea que se desprende de este diagnóstico es que si casi no existe una derecha pensante y solo queda una izquierda desnutrida, el debate y producción intelectual política boliviana es muy pobre. Apreciación que comparto en gran medida. Justamente una semana antes, se publicaba también en *Ideas de Página Siete* un artículo de Gabriel Chávez sobre los lectores y las librerías en nuestro país. Y es que son los libros una materia prima insustituible de la investigación y producción en ciencias sociales.

Desconozco si el diagnóstico de Ayo se basa, al menos en parte, en algún tipo observación de la bibliografía disponible en las librerías del país. Si la izquierda esta desnutrida es porque en cierta medida se siguen leyendo los mismos autores y por lo tanto su alimentación no es ‘balanceada’. Imagino que mucha posmodernidad y deconstructivismo deben ser tan dañinos



como el exceso de grasas y sal en las comidas. Por otro lado, ‘la derecha’ ha muerto de hambre y/o se alimenta de sondas y sueros y debe, para sobrevivir ‘pedir asilo’ en alguna universidad a través de alguna beca en el extranjero.

¿Cómo se ha llegado a esta situación? En primer lugar no hay que culpar a las librerías de no tener mayor variedad de libros porque eso no su culpa. Es un simple fenómeno comercial, no hay suficiente demanda y por lo tanto la oferta reacciona al tipo y cantidad de libros requeridos. En otras palabras, las librerías ofrecen lo que se va a vender con mayor facilidad. No son, por tanto las causantes del problema, sino una simple manifestación del mismo. El problema viene de más lejos y por tanto sobrepasa los alcances de un simple artículo.

Mucho más práctico resulta reflexionar sobre la necesidad de alimentar mejor nuestra producción y debate intelectual, sea cual sea la posición política en la que el lector quiera situarse. Ya que el diagnóstico es precario en ambos casos. ¿Por dónde empezar? En lo personal propongo que el trabajo debe hacerse con una proyección de largo plazo y no esperar resultados inmediatistas. ¿Por qué? Considero que siempre es más difícil –aunque no imposible– trabajar con personas maduras y con un criterio formado que con jóvenes estudiantes. El estudiante es una mente fresca, joven y con predisposición de aprender. No importa tanto la edad cronológica sino la actitud de aprendizaje, seguir los pasos de Sócrates si se quiere, que sabe que no sabe lo suficiente.

Es necesario empezar a crear ámbitos de investigación seria y profunda. Antes que el debate y la socialización, a los que estamos tan acostumbrados, es urgente crear espacios de trabajo académico serio y

esforzado. Si bien esta labor recae en gran medida en las universidades, no es su tarea exclusiva. Los llamados *think tanks* son una buena alternativa al respecto. La metodología de trabajo de estas instituciones suele centrarse en la investigación y producción intelectual a partir un ideario mínimo. Mucha de la cooperación internacional se destina a proyectos en áreas rurales y/o proyectos de desarrollo. Muy poca se destina a la producción intelectual local. Este modelo perpetua de algún modo una suerte de paternalismo y para algunos autores más radicales, un tipo de colonialismo.

Se debe romper este circuito. Si nuestros amigos extranjeros de verdad están preocupados por un desarrollo real y sostenible en el tiempo deben darse cuenta que lo que más falta nos hace es apoyo a la investigación local. La desnutrición de la izquierda y la inanición de la derecha se deben a que no somos socialmente capaces de generar ambientes propicios. El investigador es un ser humano que también debe satisfacer sus necesidades. Lamentablemente somos conscientes que si en muchas partes del mundo no es fácil vivir de la docencia y la investigación, en Bolivia es una tarde casi titánica. Abrumados por problemas urgentes, como sociedad hemos descuidado lo importante.

Las ideas son como semillas. Tienen una capacidad creativa extraordinaria, pero son muy frágiles y requieren de un suelo fértil para empezar a crecer. Y, a riesgo de parecer muy materialista, un elemento fundamental es el monetario. Si queremos encontrar soluciones prácticas y programáticas a nuestros problemas necesitamos valorar más la labor intelectual y ofrecer los incentivos económicos que esta irrenunciable labor se merece.

* Cientista político y docente universitario

1 Cf. Velarde Rosso, J.E. “Sobre los disidentes de izquierda y el proceso de cambio” en: *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, agosto 2011, donde reflexiono sobre algunos de estos grupos y su posición frente al gobierno.